



ERA LA SOLEDAD
ALFREDO CONDE

Primera edición: 2017

© Alfredo Conde, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-851-0

Depósito legal: SE. 1604-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo primero	17
Capítulo segundo	43
Capítulo tercero	67

SEGUNDA PARTE

Capítulo primero	85
Capítulo segundo	101
Capítulo tercero	119

TERCERA PARTE

Capítulo primero	137
Capítulo segundo	155
Capítulo tercero	169

CUARTA PARTE

Capítulo primero	183
Capítulo segundo	193
Capítulo tercero	207

QUINTA PARTE

Capítulo primero	221
Capítulo segundo	233

Este libro contiene una historia cierta; sin embargo, al tratarse de una biografía novelada, los hechos que en ella se narran, las descripciones de los protagonistas, incluido y determinadamente el principal de todos ellos, pero naturalmente y también los secundarios, están sujetos a la libre interpretación del autor. Por todo ello no es que ellos sean así, ni que hayan hecho las cosas de la forma en que se dice, es que el autor los vio así y no de otra manera. Sin embargo pudieran ser así. El lector dirá.

Si esto sucede con los personajes de esta biografía novelada, también sucede lo mismo con todos los hechos en los que estos se ven involucrados y cuyas descripciones son consecuencia de horas y horas de conversaciones, con unos y con otros; de horas y horas de contemplación, una y otra vez, una vez y aun otra más, de los videos en los que se recoge la totalidad del juicio celebrado contra el principal protagonista de esta novela biográfica, también contra el notario que dio fe de lo que vio y de lo que oyó, así como de las declaraciones de los bancarios que fueron, en el parecer del autor más que interrogados, examinados por el abogado de la defensa, algo que sin duda es digno de ser tenido en cuenta y condujo a la lectura, también durante horas y horas, del sumario instruido contra el protagonista principal y constituye el eje central de esta historia.

Todo esto implica que el conjunto de lo escrito esté formado por el relato de unos hechos que irritaron a unos y con-

tentaron a otros, por opiniones que satisfarán a unos y han de disgustar a otros, alternativamente, pero que son todos ellos consecuencia fiel de una labor de meses ocupados en perseguir una verdad que empezó a asomar apenas transcurridos un par de ellos.

Se puede decir, por lo tanto, que todo parecido con la realidad no es casual... aunque no sea mera coincidencia y que sí, por el contrario, es consecuencia de la imaginación del autor... tal y como se suele decir y debe de ser advertido.

A Tomás Pérez Vidal, José Luis Gavela, Javier Soto, Miguel Álvarez, Luis A. Chao, José Antonio, Miguel Domínguez y Antonio Fernández Cid; también a Pepe Otero, Santiago Lamas, Javier Quintas, Lola y Gonzalo Iglesias Sueiro, Luis Otero, Edelmiro Martínez Cerredelo, Manuel Mandianes, Amelia Mosquera, Paz Fernández Sequeiros y a todos los que, de una forma u otra, se fueron sumando a la reconstrucción de un tiempo y al de la construcción de otro del que no solo fuimos testigos sino también partícipes.

*Muchos jueces son incorruptibles, nadie puede
inducirlos a hacer justicia.*

BERTOLT BRECHT

Dura lex, sed lex.

Axioma utilizado en Roma por los patricios para
poder continuar abusando de su poder a través de las
prerrogativas facilitadas por las leyes que ellos mismos
elaboraban.

La primera víctima de toda guerra es la verdad.

ESQUILO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

1

Ourense, 2 de abril de 2008

ES AÑO BISIESTO Y COMENZÓ EN MARTES. A BENIGNO Moure no parece importarle tal consideración, vive ajeno a ella. Le importa la sucesión de los días, su cadencia, incluso el número de los que le quedan, pero no las razones que llevan a que, cada cuatro, un año cuente con un día más en su calendario. Conoce esas razones, pero no le importan nada. La armonía cósmica, la música de los astros no lo intranquilizan.

Le preocupan otras cuestiones más terrenales, mucho más que cualesquiera otras de carácter astronómico. Esas no le importan mucho. Pensar en los límites del universo puede producirle vértigos y prefiere otras aventuras del espíritu. Por eso pone límites a su vida, espacios en los que vivir en paz consigo mismo. Así ha procedido siempre.

El hecho de que hubiese sido martes el día en el que comenzó el año 2008 no le importa ni siquiera como una curiosidad más. Las implicaciones que se pudieran considerar a partir de tal circunstancia, las supersticiones que de tal hecho se derivan le importan todavía menos. Sabe que el calendario está sujeto a esos minutos anuales de menos que son los que tarda el planeta en completar su recorrido alrededor del Sol. Eso es todo. Y le parece suficiente. Lo sabe y no ignora que después hay que sumarlos, transcurrido exactamente un cuatrienio, para poder añadirle un día entero a ese mismo calendario haciéndolo con independencia de la buena o de mala suerte que, a juicio de muchos, tal hecho pueda deparar. Año bisiesto. Comenzó en martes. ¿Y qué?

Benigno es hombre de serena apariencia. Transmite tranquilidad. Habitualmente habla y mira de modo reposado. Casi siempre con un pitillo en la mano que, con sistemática, se diría que con rítmica frecuencia, es llevado hasta sus labios para someterlo a una breve inspiración de su humo; un humo que ha de espirar acto seguido, sin concederle demasiado tiempo para que se instale en sus pulmones. En la ciudad todo el mundo sabe de su adicción al tabaco. O a jugar a las cartas, como antes solían hacer curas y boticarios dedicándole horas al juego del tresillo. El que perdía se ponía de rodillas. Eso era todo.

Ahora, sin dejar de fumar, continúa observando a la gente que transita por las aceras o a la que se aventura entre los coches, en vez de desplazarse hasta el paso de cebra más cercano por el que los peatones deben atravesar las calles si quieren hacerlo con mayor seguridad en la

breve aventura que supone andar por la ciudad a cualquier hora de cualquier día de la semana, no tanto en el caso de los festivos. Observa a quienes pasean con idéntica atención a la que presta a diario a todo cuanto le rodea. Pero ahora lo hace, ensimismado, formulándose escasas reflexiones, mientras va camino de la audiencia para ser juzgado.

Es verdad que reparó en el hecho de que el año es bisiesto, para ello no había más que darse cuenta de que era múltiplo de cuatro. Monseñor Diéguez Reboredo, que fue doctor en Ciencias Exactas, además de serlo también en Teología, le enseñó a reparar en estas peculiaridades de los números. Sin embargo monseñor no era allá muy pitagórico y él, por su cuenta, es incapaz de relacionar tal circunstancia, el hecho de que ese año hubiese comenzado en martes y de que a la vez fuese bisiesto, con el camino que acaba de emprender; mejor dicho, no establece relación alguna entre la condición del año y el hecho de que vaya camino de ser juzgado. La relación causa efecto la establece Benigno Moure a partir de muy distintos órdenes.

Si en algún momento empezó su vida sin la consciencia cierta del justo instante de su venida al mundo, nada tiene de novedoso el hecho de que, todo a lo largo de ella, pese a haberse visto encadenado a las más diversas circunstancias, favorables unas, absolutamente desfavorables otras, él las haya ido afrontando, todas ellas, las unas y las otras, con un carácter reflexivo y una actitud serena, tal y como está afrontando esta: sin que le preocupen los porcentajes ni de aquellas, ni de estas.

A él lo que le importa es la vida y esta es la suma de unas y de otras, sin necesidad de hallarles porcentajes. De preocuparle algo, no sería ni el número de sus fracasos, ni el de de sus errores, sino la cantidad de veces que supo superar aquellos y enmendar estos. Sin embargo no parece que sea un estoico. Acaso tan solo sea un hombre sereno y de ánimo templado, pero no frío, ni tibio, ni capaz de desentenderse de nada de lo que le rodee en cada instante. Un tipo tranquilo al que le gusta ver transcurrir la vida a su alrededor, sentirla y hacerla sentir con independencia de los hechos fortuitos con los que esa misma vida pueda sorprenderle.

Con todo, el año comenzó mal. Lo hizo con un llamamiento de Al Qaeda para que se intensificasen los ataques a la ONU; también a los judíos de dentro y de fuera de Israel. Las televisiones, además de ese llamamiento, dado a conocer por medio de sus noticiarios, continuaron emitiendo o volviendo a emitir culebrones como el de *Dallas* en sus horarios de máxima audiencia, sin que nadie pareciese tener en cuenta que hace ya veinte años que comenzaron a entretenerse, entre muchas otras, las maldades de J. R. con las perversas aventuras de Sue Ellen. Pero la sociedad es así. Reclama siempre la satisfacción de sus instintos más contenidos por el orden social y precisa conocer el mal ajeno para sentir la bondad propia, sea esta real o sea supuesta.

Así, treinta años de *Dallas*, se condensan en la expectación de los más que contemplan en la televisión, se diría que extasiados, las aventuras y las desventuras de los Ewing y del conjunto de ambiciones y servidumbres de todo tipo

que proliferan en las tejanas tierras del petróleo, tan distantes de estas nuestras y apacibles, pero que son muy próximas a ellas, también a las ambiciones y las servidumbres que los someten, a ellos, a los Ewing, del mismo modo en que nos afectan a nosotros por aquí. En los Ewing cualquier espectador, quien más, quien menos, siempre puede ver algo de sí mismo, siempre puede verse reflejado; para bien y para mal. Es la condición humana y cualquier tentación es susceptible de ser aceptada, aquí y allí.

El mundo se ha quedado pequeño y aquella verdad que Vicente Risco había expresado en su día, la de que Galicia —y con ella Ourense— no es pequeña sino un mundo en el que todo cabe, se les está cayendo a todos poco a poco de las manos. El mundo se está abriendo, aunque lo haga muy despacio y a través de la televisión o puede a que no lo esté haciendo suficientemente aprisa porque Ourense es todavía todo un mundo, sigue siendo todo un mundo, cerrado en sí mismo, en el que también todo es posible.

Ese mundo que se resume en la ciudad, en este día de abril, permanece hoy invadido por la niebla, insólita a estas alturas del año, cuando está ya más que iniciada la primavera. A pesar de ello la niebla es tan intensa como lo era antaño. Se diría de ella que es tan densa como siempre lo fue. En Ourense la niebla siempre puede envolverlo todo.

La diferencia entre la de antes y esta de ahora, cuando el río queda represado por los saltos hidroeléctricos anteriores a su paso por la ciudad, es que la actual se detiene para quedarse estancada sobre la inmensa superficie de los embalses que van jalonando el descenso del Miño, casi hasta el océano, dejando que solo una mínima, y sua-

ve, y sutil parte de ella se aventure en la ciudad para envolverla, cubriéndola como si la acariciase. Eso siempre es así, pero hoy no tanto. De ese modo, los rostros de quienes caminan por las calles se le ofrecen difuminados y como borrosos, más anónimos y distantes de lo que a él le gustaría. Hoy todo es mucho más confuso.

Benigno ha querido ir solo hasta la Audiencia, sin que nadie lo acompañase. Nadie se atrevió a discutirle su voluntad. Todos saben que es hombre tenaz en sus acciones, firme en sus decisiones una vez que las ha tomado; tan constante, tan terco e incluso tan contumaz en la ejecución de ellas, que se diría de él que sea capaz de abrir ostras por persuasión pues tal es su constancia. Sin violencia, sí, pero con firmeza y sin pausa o concesión alguna. Afirman, los que lo conocen, que consigue todo lo que se propone. Lleva así desde niño. Y él lo sabe.

Antes de que llegase el taxi a buscarlo, quien ahora acude camino de ser juzgado, bajó del despacho que ocupa en la Fundación con la intención de tomar un café con leche en el local que antes fue de Ultramarinos Plus Ultra y aprovechar, a continuación, para fumar un pitillo paseando por delante de la fachada recubierta de azulejos. Un pitillo más de los muchos más cuyo humo aspira continuamente, se diría que sin pausa ni descanso.

Ahora, una vez ya fuera, da los cortos paseos de su intención primera mientras espera la llegada del coche de punto, como se les llamaba a los taxis durante su niñez lejana.

Siempre fue un fumador empedernido. Sigue siéndolo a los setenta y seis años de edad que son los que hoy

disfruta. Pero desde que hizo intención de encender su cigarrillo, hace apenas nada, no le dio tiempo a echar ni siquiera a aspirar esa primera bocanada de aire, exenta de humo, que precede a la primera y grata, la más satisfactoria del día sin duda alguna. El taxi llega antes. Se sube a él y cierra la puerta con cuidado, sin haber encendido todavía el cigarrillo de Ducados.

El taxista lo reconoce y se encoge de hombros sin decir nada cuando Benigno, nada más haberse sentado en el asiento trasero, le pregunta:

—¿Le importa que eche un pitillo?

Lo hace sin ser consciente de que en ese momento ya lo tiene prendido entre los labios y está siendo encendido. Cuando se da cuenta de que no debía haberlo hecho ya lo tiene humeando, ya es tarde. Resignado inhala la primera bocanada del humo espeso de su Ducados.

En ese momento decide bajar un poco el cristal de la ventanilla. Sin embargo no lo hace descender mucho. Solo lo suficiente para darle una salida al humo que ha empezado a exhalar de modo que no se quede en el habitáculo del coche como lo hace la niebla sobre la superficie del agua de un pantano tornándolo todo difuso; en este caso, desde la mirada opaca del taxista hasta sus propias manos de fumador. Además, pese a ser ya abril, todavía hace demasiado frío a esta hora de la mañana. Se nota en el encogimiento de hombros de los más que caminan por la calle. Los más lo hacen con las manos en los bolsillos de sus pantalones u ocultándolas en los puños de las mangas de sus vestidos.

Después de haber entreabierto la ventanilla se da cuenta de que ya puede observar con mayor nitidez los rostros de

los transeúntes a través del espacio recién abierto. Pero tal posibilidad, lejos de animarle a ello, a contemplar a los que caminan imaginándoles vidas y aventuras, sueños o necesidades, lo induce a ensimismarse echando la vista atrás.

Por el resquicio abierto entra demasiado frío. A pesar de ello y del tácito consentimiento del taxista, baja completamente la ventanilla; después, empujando la brasa del cigarrillo con las yemas de los dedos índice y pulgar de su mano derecha, la desprende dejándola caer sobre el asfalto, y así va haciendo a continuación con el resto del cigarrillo desmenuzándolo poco a poco. Se dio cuenta a tiempo de que no se debe fumar dentro de un taxi.

Niebla y frío envuelven el automóvil que lo traslada. Así que se encierra en sí mismo y empieza a evocar el camino emprendido, hace setenta y seis años, hasta llegar al día de hoy cuando, una vez que se detenga el taxi al pie de la Audiencia Provincial de Ourense, su ejecutoria de tantos años, su comportamiento y su integridad personal, su vida entera, se verán sometidos al juicio que se le estableció al ser acusado de apropiación indebida, falsedad en documento público y estafa. Entonces empieza a recordar.

2

A Arnoia, 24 de septiembre de 1932

Este año, que también fue bisiesto, comenzó en viernes y ya que no convulso, al menos resultó movido; en opinión de algunos, incluso algo subido de tono. Fue el año en el

que Benigno fue traído al mundo. Al recordarlo, viajero todavía dentro del taxi, se sonríe bajo la mirada indiferente del taxista que, de vez en cuando, lo observa a través del espejo retrovisor. Es así, con la indiferencia percibida en la mirada de quien lo trasladó hasta la Audiencia, aplicada a su propia conciencia, en ese momento y pese al deseado distanciamiento, como su ánimo se abre por entero a la nostalgia.

A Arnoia, en donde Benigno llegó al mundo para habitarlo desde entonces, no es un pueblo sino un conjunto de ellos. Se trata, más bien, de una epifanía de pequeñas aldeas que, según sea dirigida la mirada en un sentido o en otro, se van descubriendo, esparcidas por las laderas de algunos de los montes que jalonan la cuenca del río Miño mientras este discurre entre ellos.

Transita el Miño de modo que va organizando valles frondosos y exuberantes, ubérrimos valles que están poblados, cuando no de castaños y robles, de nogales y avellanos. Antaño lo estuvieron también de olivos, que llevan bien los fríos invernales de esta tierra y que ahora vuelven de nuevo a ser plantados. Cuando la vista no descubre los bosques de árboles frondosos, permite la contemplación de los bancales ocupados por viñedos en los que se cultivan las uvas del ribeiro o los pimientos a los que A Arnoia les da el nombre.

O Remoiño es una de esas pequeñas y esparcidas aldeas. Se trata del pequeño lugar en el que Benigno vio la luz. Se extiende de oriente a poniente, todo a la largo de una de esas laderas, de modo que, desde niño, Benigno vio salir el sol por el oriente del pueblo para ir avanzando,

todo a lo largo de él, camino de O Ponte y de O Rial hasta contemplarlo, una vez llegada la hora última de la tarde, ocultándose por Carnós, situado en una altura del monte algo más elevada que la de O Remoiño y de forma que, después de dejar umbrío su Val de San Vicente, continúa su camino alumbrando todavía a otros pueblos de A Arnoia: los del Val de San Mauro, pueblos cuyos nombres rebrotan ahora en su memoria, frescos como si acabase de contemplar sus geografías: Pumar o A Reza incluso el mismo San Mauro, por recordar alguno.

En verano, en O Remoiño y en O Rial, la hora más fresca de la tarde comienza a llegar antes de lo que lo hace en otros lugares, debido a la localización sobre el terreno de estas dos aldeas y al hecho de que los vientos se entablan en recorridos que son como calles del aire por las que corren alegres en verano, gélidos y tristes en los meses invernales.

Sucede así, en el verano, una vez que el sol comenzó ya a descender al otro lado del monte haciéndolo de modo que los de Carnós, más cercanos a su cumbre, llena de inmensas y redondeadas piedras graníticas, pueden seguir recibiendo su luz y su calor se diría que todavía de lleno, con total intensidad.

Los de O Remoiño afirman sonriendo que mientras los de Carnós se sienten como si estuviesen en un horno, ellos están disfrutando ya de la mejor hora de la tarde, mientras beben el vino fresco de sus bodegas y hablan de sus cosas. Es una broma ingenua, una más de las muchas de este tipo que se gastan entre ellos.

En medio de todos los pueblos del Val de San Vicente y de los del Val de San Mauro, de modo que su es-

belta arquitectura pueda ser contemplada tanto por los habitantes de uno como por los del otro, es decir por todos los habitantes de estos dos valles que forman A Arnoia, se alza la Torre del Reloj. Es el centro del mundo desde el que rige la vida de las gentes de A Arnoia.

Fue construida con el dinero que enviaron aquellos emigrantes que se marcharon a Uruguay, a partir de mediados del siglo XIX, cuando Galicia entró en una barrena que habría de durar un siglo hasta llegar a convertirla en el segundo país del mundo, después de Irlanda, en enviar a la emigración a la mayor y mejor parte de sus habitantes. Fue cuando Galicia empezó a poblarse de viejos y a verse despojada de jóvenes en un proceso que se diría reversible, pero que todavía no lo ha sido, del que Benigno Moure previó sus consecuencias antes de que nadie más lo hiciese.

Fueron ellos, los jóvenes y más fuertes emigrados al Uruguay de entonces, quienes enviaron el dinero para la construcción de la Torre del Reloj. También del necesario para la compra del terreno sobre el que la torre debería ser edificada de modo que su reloj pudiese ser contemplado desde cualquier pueblo o aldea de los dos valles.

La Torre del Reloj está dedicada a san Antonio. Las campanadas de su reloj pueden ser escuchadas desde cualquier rincón de los dos valles con una nitidez que solo es posible, todavía, gracias al silencio que siempre gravita sobre ellos. Desde entonces el reloj de la torre rige la vida de las gentes de A Arnoia, la de Benigno también, al menos en su infancia.

Las gentes de O Remoño tienen iglesia propia. Está dedicada a san Antonio. Su imagen luce en piedra dentro de una hornacina insculpida en la pared exterior del templo. La iglesia es pequeña, pero tiene una reliquia de la que se afirma que pertenece a la cruz en la que fue crucificado Jesús de Nazaret. Todos se sienten orgullosos de ella. Para ellos su iglesia y su reliquia son importantes y se diría que únicas. Sin embargo, la iglesia, al no ser sede parroquial, no tiene cementerio. Tiene una cruz, pero no tiene un campo santo en el que dar cobijo a la parroquia de los muertos.

Situada entre las casas, la estrecha calle que discurre por delante de su fachada lateral apenas permite el paso de un coche y nunca el de dos que se crucen en ella. Aunque se pretendiese hacerlo no queda sitio alguno en el que poder enterrar a nadie.

Si alguien no quiere acceder al interior de la iglesia por la puerta lateral, la correspondiente al lado de la epístola, podrá hacerlo por la principal, orientada al poniente, pero que no siempre permanece abierta a cualquier hora. Lo estará tan solo en los días señalados. Así, quien quiera entrar por la puerta principal en un día de los señalados deberá hacerlo subiendo cuatro escalones de piedra pertenecientes a unas escaleras que finalizan en el pequeño rellano que hay enfrente de esa puerta no siempre franqueable. La espadaña que sostiene las campanas es esbelta, o tal se ofrece a la vista si se la contempla desde la calle en un escorzo que la agiliza y hermosea.

Los padres de Benigno Moure, por lo que ya se dijo, no están enterrados en ella. Yacen en el cementerio parroquial, sito en A Arnoia propiamente dicha. Alrededor del edificio de la iglesia parroquial, su atrio se ofrece completamente cubierto por las losas de las sepulturas de modo que estas forman calles, rectilíneas como las de un tablero de ajedrez, trazadas a escuadra, que el visitante distingue fácilmente gracias a las flores que ornan todas sus cabeceiras. Es necesario, por ineludible, pisar sobre ellas para ir de un lado al otro del cementerio. La muerte se disfraza aquí como los escaques de la partida de la vida.

Una de esas tumbas enseña el nombre de Julia Cortés Lopo en una sencilla lápida de mármol negro incrustada en una de las tres losas de piedra de granito que la ocultan. Julia es, o fue, la viuda de Francisco Moure y la fecha de su defunción fue la del 23 del mes de julio de 1996, a los noventa y tres años de su edad, según se precisa en el recuerdo que sus hijos y familiares mandaron insculpir al pie de ella.

Julia y Francisco fueron padres de cuatro hijos; Antonio, Benigno, Raquel y Julio. Todos ellos vinieron al mundo en la casa familiar. Se podía acceder desde la calle que transcurre hacia la iglesia, por el centro mismo del pueblo, o bien desde la pequeña carretera que ahora lo circunda camino de los demás lugares que forman parte del mismo municipio. Se trata de una pista asfaltada que antaño fue un camino de carros que conducía a las llamadas Cuatro Bodegas, una de ellas la de los padres de Benigno.

Esa hoy pequeña carretera fue, después de haber sido el camino que se dijo, una pista de tierra apisonada

sobre un morrillo de piedras, desmenuzadas que fueron antes a golpes dados con macetas de canteros, de unas macetas dotadas de largos mangos de madera que permitían que el trabajo fuese realizado sin mayor necesidad de doblar las espaldas más de lo necesario. Más tarde habrían de llegar las trituradoras mecanizadas, movidas a instancias de los motores eléctricos. En aquellos años, casi siempre eran los mismos vecinos los que colaboraban con las instituciones, trabajando de ese modo a fin de ir abriendo sus lugares al mundo que se ofrecía más allá de los límites de sus valles o de las villas próximas, la de Ribadavia entre ellas y fundamental en sus visitas.

La casa de Francisco y Julia era una más entre las de los labradores que cultivaban viñedos, esenciales en la economía de la zona; también pimientos que ya entonces, quizá desde siempre, exportaban a toda Galicia, llevados de la mano de intermediarios que imponían precios y conductas.

Las bodegas de aquella aldea de vitivinicultores aún hoy suelen estar alejadas de las casas, pero algunas son compartidas en el interior del pueblo; por ejemplo, la de la casa de los padres de Benigno.

En aquel tiempo, hoy la casa aparece abandonada, subían hasta ella, hasta la pequeña bodega casera, algunos pequeños toneles en los que había de fermentar la uva. Los grandes se guardaban en una de las cuatro bodegas a las que se llegaba por el camino de carros.

Para subir los pequeños toneles hasta la bodega de la casa había que rodearlos, con una cadena de acero, primero, por la cintura de las duelas de mayor circunferencia, para

ir cobrándola después desde su extremo superior de forma que el tonel fuese ascendiendo, poco a poco, hasta llegar a la bodega. No había entonces otro procedimiento mejor a su alcance, ni más ingenioso, del que valerse. Contemplar su ejercicio era un espectáculo que solía atraer a todos los muchachos de la aldea incrustada entre los bancales que todavía descienden, lo hacen así desde hace siglos, hacia el río; en ellos, en esos bancales, se encuentran plantados desde siempre los viñedos.

Durante la niñez de Benigno, existían otras diversiones, además de la contemplación de la subida de los toneles. Una vez que llegaban los calores, ya en la primavera, los niños acudían a Los Cubos. Allí el río se escinde en brazos y en pequeños remansos en los que el baño resulta siempre, además de seguro, placentero. Es como si el Arnoia, el Miño y el Prexegueiro se pusiesen de acuerdo para compensar, precisamente entre esos brazos, otras carencias con las que la vida les mostraba sus dientes a los niños del contorno.

En otras épocas del año, fermentado el vino, las alquitaras funcionaban por la noche de modo que las llamas que les daban calor resplandecían en la oscuridad con sus brillos estremecidos. El fantasmal baile de las llamas, la intensidad cambiante de sus apagados resplandores, brotaban a través de las ventanas y las puertas abiertas de los alpendres y pajares, para que el valle apareciese salpicado de luces como si estas surgiesen de los vientres de enormes luciérnagas que estuviesen cerniéndose sobre las casas y sus gentes constituyendo otro espectáculo que concitaba la atención no solo de los más jóvenes que asistían a la desti-

lación del aguardiente, escuchando historias, mientras el aguardentero mantenía el fuego en su temperatura justa y la fantasía encendía la imaginación de todos, sino también la de los vecinos del valle que podían adivinar así quién destilaba el orujo aquella noche y quién no.

En esas ocasiones, el aguardiente recién destilado circulaba en pequeños vasos, de mano en mano, para que nadie dejase de apreciar su sabor, siquiera fuese mojando apenas en él los labios, tan tímidamente como solo los labios de un niño se insinúan. El de la destilación del orujo es otro espectáculo más, se basa en un rito casi tan antiguo como la vida misma.

Cercana a la casa estaba la fuente llamada A Mina, todavía sigue allí, señalada por una enorme abertura esculpida en la roca. Era en ella en donde se procedía al lavado de los toneles que habrían de contener el vino. Por esa boca se accede a su interior. Por ella y sin mayor dificultad entra un hombre hecho y derecho.

Benigno acompañó a su padre a un viaje al centro de la tierra. Entraron los dos alumbrándose con sendas cortezas de arce. A través de ella llegaron a recorrer unos doscientos metros hacia el interior de la montaña; de la misma montaña en cuya ladera se asienta O Remoño; luego decidieron no aventurarse más y dieron vuelta.

En verano todo ese mismo recorrido es ocupado por el agua que puede llegar hasta la cintura de un hombre. Una vez llegado el otoño comienza a desaparecer hasta hacerlo por completo cuando ya es invierno. Justo al pie de la entrada hay un pequeño estanque que se abastece del agua retenida por una laja de granito, atravesada

en la boca misma de A Mina. Sale por un caño incrustado en su nivel más bajo, regulada por un taco de madera más que por un trozo de corteza de alcornoque extraído de los muchos esparcidos por el monte. En ese estanque las mujeres solían lavar las ropas de la casa, antes de que llegasen a ellas las lavadoras automáticas. Luego el agua sigue fluyendo para regar las fincas ladera abajo, hasta llegar al río. Un poco más allá, también al borde de la carretera, está la Fonte da Presa, pero esta ya no ofrece el mismo aspecto que tenía durante la niñez de Benigno.

Si uno sale de la casa de Benigno por la parte que da a la calle de arriba, subiendo hacia el norte, pero nada más llegar a ella y siguiendo su curso se desplaza hacia el oriente, llega enseguida al Recantiño en el que, sobre lo que en tiempos debió ser un menhir, se sostiene un cruceiro que señala la encrucijada de caminos y los límites de la aldea. Cercana a este *cruceiro* está una de las dos escuelas en la que Benigno y sus hermanos aprendieron las primeras letras.

Se las enseñó un maestro que había llegado desterrado desde Andalucía cuyo nombre Benigno no recuerda ahora, cuando el taxi que lo lleva sigue circulando entre la niebla. Era bueno y estaba tuberculoso. En razón de ello, cada hora, los hacía salir del aula para poder ventilarla y evitar así contagiarles su dolencia. Subía las cuestas a pie, llevando su bicicleta de la mano; luego, al final de la jornada escolar, regresaba montado en ella, feliz y sonriente.

Llegado el buen tiempo obligaba a sus alumnos, con más frecuencia todavía, a abandonar el aula para que corriesen libres por las *corredoiras* próximas. Cuando el in-

vierno ya estaba encima, todos ellos acudían a la escuela portando latas de sardinas que contenían en su interior las brasas con las que se habrían de calentar desde esa primera hora de la mañana templando el aula para el resto del día. Llegaban, se sentaban en sus pupitres y disponían las latas entre las piernas de forma que el calor ascendiese desde ellas al resto de sus cuerpos. Antes, cada uno de ellos depositaba una de las brasas de sus latas en el brasero del maestro. Entonces la vida era así.

Al maestro andaluz le sucedió una maestra procedente de la vecina Cortegada. Era muy trabajadora, tenía las uñas muy largas y cuando tiraba de las orejas a algún niño se las clavaba en el lóbulo haciéndole daño. Un día los niños la esperaron y la corrieron a pedradas. Benigno Moure se contó entre los organizadores. La maestra, después de aquello, no regresó jamás a O Remoiño. Entonces su padre decidió que Benigno acudiese a una escuela privada que estaba a cargo de José Rivera, un represaliado político que había estado huido en Portugal durante la contienda civil y había sido expulsado del Cuerpo Nacional del Magisterio. Era un buen pedagogo y Benigno lo recuerda con afecto que no oculta.

El maestro, a instancias de don Emilio Cid, el párroco del pueblo, llegó a apuntarse a unos cursillos de cristianidad y su conversión se comentó en todo el valle. Luego, entre los dos, entre el presbítero y el maestro, organizaban los partidos de fútbol en los que Benigno jugaba de medio lateral derecho.

Primero, hacían un balón metiendo papeles de periódicos dentro de una media de mujer; en ocasiones, para

darle peso, podían introducir un canto rodado en su interior, dándole así algo más de dureza y consistencia, no sin antes advertirle a los jugadores que se abstuviesen de darle al balón con la cabeza. Luego, le daban toda la forma esférica posible comprimiéndolo con sus manos, redondeándolo, antes de rodearlo atándolo con un bramante obtenido sabe Dios dónde, quizá en Ribadavia, en el taller de algún zapatero de la villa.

Llegado el frío se mataban los cerdos. Los chillidos dados por el primero de ellos que iba a ser sacrificado llenaban el pueblo de alborotos y preguntas. La gente se interrogaba si ya había llegado el momento propicio, recordaba la fase de la luna en la que se hallaban y, en todo caso, empezaban a mirar a su cerdo de otro modo.

Los cerdos parecían intuirlo y a partir de ese momento se consumían de ansiedad mientras las gentes apuraban sus cebas a fin de hacerlos más rentables. Constituían los cerdos una no pequeña parte de la dieta alimenticia de cada familia. En ocasiones, cuando el médico le recomendaba a un paciente que no comiese carne de cerdo, reflexionaba de inmediato y preguntaba:

—¿Cuántos sois en casa?

Y como le respondiesen un número que considerase inoportuno, insistía:

—¿Y cuántos cerdos matáis?

—Matamos uno.

—Pues entonces come cuanto cerdo quieras.

Caldo y berzas, cerdo y patatas, cocido los domingos. Esa era entonces la dieta. Por las noches unos grelos hervidos con patatas y chorizos de los llamados cebolei-

ros, rustridos con un aceite en el que se había sofrito un ajo antes de espolvorearle pimentón.

Llegada la Navidad aún quedaban racimos de uvas colgando de cordeles tendidos de un lado a otro del balcón que daba a poniente, de modo que acababan siendo dulces y sabrosas como un vino de misa. Sucedió después de que el último sol de las cálidas tardes del otoño los hubiese dorado, a veces, a través de una niebla tenue.

Si el hombre de la casa era pescador bajaba al río y traía truchas o anguilas, sábalos y, superadas las Pascuas navideñas, lampreas. Despreciaban las angulas que subían por los regueros de las montañas y gustaban de los anguiachos, de las anguilas enormes, que solían ser guisadas con patatas y guisantes.

Si el padre era cazador solía subir al monte y bajar con un par de conejos o alguna perdiz; en otras ocasiones, participaba en alguna batida contra el jabalí o el lobo y, de ver algún zorro rondando el gallinero, intentaba despacharlo de un tiro tras una larga espera que, casi siempre, resultaba infructuosa.

Llegado febrero se celebraba *a corrida*. Tenía lugar en la *eira do crego* en la que se soltaba el gallo más hermoso que se hubiese criado aquel invierno para que los niños corriesen detrás de él. Era divertido. En ocasiones el gallo era peleón y se resistía a ser cogido y entonces todo eran risas y alboroto; en otras, se dejaba coger fácilmente y todos procuraban disimular su decepción como podían. Pero el gallo era siempre atrapado. Después era llevado, poco menos que procesionalmente, hasta dejarlo en poder del maestro que era así reconocido y agasajado por el

pueblo. Una vez hecha la ofrenda alguien tocaba el acordeón y los niños a un lado, las niñas a otro, sin mezclarse en ningún caso, bailaban con la torpeza y la esperanza propias de sus pocos años.

El mundo entonces era así. Se podían pasar necesidades, pero no hambre. La tierra lo impedía. Cuando no eran pavías y peras, eran higos o uvas, manzanas o naranjas. Cada casa tenía su naranjo propio, también su limonero; todavía hoy los tienen.

Al final del pueblo, del lado de poniente, aún subsiste la Casa de la Inquisición. Todavía luce en ella el blasón con su leyenda *Exurge Domine iudica causam tua: «álzate Señor y defiende tu causa»*. Dentro de él y como armas el blasón luce la cruz con dos cruceros transversales como símbolo de la autoridad archiepiscopal; la cruz verde como esperanza de salvación eterna para los herejes reconciliados; el fondo negro lo luce por el luto que espera a los herejes contumaces; el ramo de olivo, por la paz que le será concedida a quienes de entre estos hayan retornado al seno de la Madre Iglesia; la espada porque señala la justicia para los herejes recalitrantes y la rama de olivo ardiendo, la zarza ardiente (Éxodo, 3, 1-6), la certeza de que los herejes nunca destruirán la Iglesia. Levántate Señor a defender tu causa.

En el otro extremo del pueblo, en su lado oriental, como en una parábola de la realidad más desprejuiciada, está el Cruceiro do Recantiño, como ya pudo recordar Benigno en otro tramo de este su calvario en solitario hacia la Audiencia Provincial. La cristianización del viejo símbolo pagano, próximo a una vieja *lubre*, a la umbrosa

zona de un robledal en la que los druidas, o sus sucesores los chamanes de entonces, celebraban sus ritos. Todavía en los tiempos de la niñez de quien se encamina a ser juzgado se *corría o enganido*.

Allí, al pie del Cruceiro do Recantiño, tenían lugar ritos ancestrales que iban desde la capacidad de algunos de levantarle la paletilla a otros, es decir, el ánimo caído, el abatimiento físico, la desgana espiritual, hasta los juegos de los niños. Al comienzo del camino que circulará serpenteando entre las casas, disponiendo de pequeñas calles laterales que partirán de él como si fuesen las extremidades de un monstruo antiguo, está el lugar que guarda el rescoldo de viejos ritos y creencias, sus hojas de muérdago o de acebo, sus ramas de roble, sus misterios.

Al final de él, al final de ese camino, la Casa de la Inquisición con su zarza ardiente, sus verdades y sus dogmas, su encendida fe capaz de prender hogueras que apenas ardieron en Galicia. Solo un auto de fe consiguió la Inquisición celebrar en Compostela, en la Praza do Pan. Allí era en donde estaba la picota, en el mismo lugar en donde después se asentó un busto de Cervantes.

En medio está la iglesia que el pueblo ha construido como el fiel de la balanza, reflejo del sincretismo de quienes vienen de un mundo y, siendo conducidos hasta otro, optan por el término medio y moderan ambos. *Deus é bo, pero o demo non é mau. Hai que lle prender unha vela a Deus e outra vela ó diaño*. En medio la fe sencilla de los que tienen esperanza.

El mundo sigue siendo así, todo a lo largo de la edad más temprana de Benigno. Unas veces se celebran proce-

siones y en otras oportunidades, por ejemplo, después de la matanza del cerdo, el *peliqueiro* recorre el pueblo agitando en su mano la vejiga del último cochino que haya sido ejecutado. Lo recorre, corriendo a grandes zancadas, en tanto que en su otra mano blande un cuchillo con el que atemoriza a los niños. Mientras, en el interior de las casas, se disponen las *crepes* que por Castilla llaman hojuelas y comen con miel sobre ellas, pero que por aquí se mezclan con la sangre del cerdo, sin haberla dejado coagular, y son llamadas filloas.

El mundo está perfectamente organizado en A Arnoia durante la niñez de Benigno y de sus hermanos; por algo y para algo la tierra es abundante en frutos; por algo las casas son sólidas construcciones de piedra en las que las familias llevan viviendo desde hace cientos de años en no pocos de los casos; también por algo los símbolos son unos y otros, la realidad dual y los ritos ancestrales e intransferibles a otras muchas áreas del comportamiento humano.

En los dos valles todo sigue estando regido por los ciclos lunares; desde la liturgia en las iglesias hasta los cultivos en la ribera de los ríos y en las laderas de los montes abarcados entre los conocidos como O Faro y O Suído. Pero también por la modernidad del reloj de la torre marcándoles los tiempos y las pausas a los habitantes de un lado y del otro, en los dos valles. Ahí es en donde Benigno crece contemplando al mundo.

Sin embargo todavía hay otro reloj más. Es el reloj que todos contemplan antes de dirigirse a cambiar los riegos de las fincas ajenas a fin de dirigirlos hacia las propias. Suelen llegar con tiempo y sentarse a conversar unos con

otros hasta que, un cuarto de hora antes del turno establecido, se levantan y se dirigen a sus fincas para proceder como está ordenado. Así la gente de A Arnoia crece metódica y cordial, trabajadora y ordenada, capaz de ir desde O Recantiño, pasando por la iglesia dedicada a san Antonio, hasta pasar por delante de la Casa de la Inquisición y de su escudo sin que este logre nunca amedrentarlos. A los niños tampoco. Van de oriente a poniente con el sol, regresan a sus casas cuando la luna asoma tras los montes. Y así también Benigno Moure.

El día de su infancia que Benigno recuerda con mayor precisión y nitidez es el de su primera comunión. Fue vestido de traje, con camisa debidamente planchada y con el nudo de corbata convenientemente hecho. Pero esta era demasiado grande para él y su extremo más ancho le asomó por debajo de la chaqueta hasta llegarle a las ingles.

Recuerda también que, a los pocos días, quizá semanas, acompañó a su padre a la feria de Ribadavia. Entonces a la Rúa Yañez, a la taberna de la señora Encarnación, llegaban los feriantes, a primera hora de la mañana, con bolsas repletas de carne de cerdo, tocinos, chorizos, incluso de las legumbres que en Galicia son habituales.

Traían las bolsas cerradas con un cordel que se alargaba hasta terminar en una señal que la identificaba, a ella y a su propietario, y la introducían en una gran olla que Encarnación tenía puesta al fuego. Resultaba sorprendente ver la gran pota con los cordeles y sus señales sobresaliendo por el borde de la misma.

Los feriantes se ausentaban, convivían en el campo de la feria, discutían precios, observaban, se enteraban de

las últimas noticias que pudieran afectarles, valoraban los precios del mercado y, llegada una hora prudente, regresaban a la taberna de Encarnación. Según llegaban iban retirando sus bolsas, sentándose a las largas mesas comunitarias y, con el pan, el vino, las patatas y las verduras que Encarnación les servía, iban componiendo el cocido que cada uno de ellos podía tener al alcance de su propia economía.

Allí comían, bebiendo el vino del Ribeiro que ella había cultivado en sus propios viñedos. Era el mismo que antaño se había exportado al Reino Unido, hasta que los portugueses se encontraron con la doble destilación que les permitió un transporte menos lesivo para la calidad del vino y marcó el declive en la promoción de aquellos.

Encarnación entonces les iba sirviendo unas tazas del caldo en el que habían hervido los embutidos y las carnes. Era una hermosa manera de compartir que de algún modo Benigno debió de relacionar con la comunión que había recibido hacía aún pocas semanas.

La vida, entonces, se marcaba todavía con este tipo de acontecimientos porque estaba brotando en medio de los desastres de la época y como consecuencia de la historia. Lo que se podía decir del vino ya había sucedido con la carne de vacuno gallego que no hacía tampoco demasiados años era engordado en el Val de Laza, cercano a Verín, antes de ser llevado a Inglaterra, vía Portugal. La presencia de miles y miles de cabezas de ganado vacuno en ese valle, mientras era cebado en espera de su embarque, había sido un espectáculo tan grandioso como el de los toneles de vino transportados hasta los embarcaderos

en los carros de bueyes del país. La prosperidad hace siempre viajes de ida y vuelta con independencia de la voluntad humana.

Nunca olvidará ni su primera comunión ni sus primeros desplazamientos a la entonces próspera villa capital del Ribeiro. Estaba tan orgulloso de ella como de su corbata, ambas le conferían tal aire de superioridad y de firmeza, tal autoridad de niño adulto y en pleno uso de razón, que ahora lo recuerda invadido de ternura y quizá comido por la nostalgia... hasta que se descubre sonriendo y se da cuenta de que el taxi acaba de detenerse delante de la Audiencia.